

KAHLIL GIBRAN

EL PROFETA

Prólogo de Rupi Kaur

Traducción de Andrea Cote

Relatos

DIANA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Prophet*

© 1923, Kahlil Gibran

© 2019, Prólogo: Rupi Kaur

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma. Publicado por acuerdo con Penguin Classics, un sello de Penguin Publishing Group, división de Penguin Random House LLC.

© 2020, Traducción del prólogo: Carmen G. Aragón

© 2019, Traducción: Andrea Cote

© 2020 - Editorial Planeta S.A.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DIANA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Imagen de portada: © Shutterstock

Ilustraciones del interior: Archivo del autor

Primera edición impresa en España: octubre de 2020

ISBN: 978-84-18118-25-8

Primera edición impresa en México: junio de 2022

ISBN: 978-607-07-8821-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*



Índice

Prólogo	9
Nota de la traductora	17
 EL PROFETA	 21
La llegada del barco	23
Sobre el amor	31
Sobre el matrimonio	37
Sobre los hijos	41
Sobre el dar	45
Sobre comer y beber	51
Sobre el trabajo	53
Sobre la alegría y el dolor	57
Sobre la casa	59
Sobre el vestir	63
Sobre el comercio	65
Sobre el crimen y el castigo	69
Sobre la ley	73
Sobre la libertad	75
Sobre la razón y la pasión	79



Sobre el dolor	81
Sobre el autoconocimiento	85
Sobre la enseñanza	87
Sobre la amistad	89
Sobre hablar	91
Sobre el tiempo	93
Sobre el bien y el mal	95
Sobre la oración	99
Sobre el placer	103
Sobre la belleza	107
Sobre la religión	109
Sobre la muerte	111
Sobre la despedida	115
 BIOGRAFÍAS	 129
Sobre el autor	131
Sobre la prologuista	133
Sobre la traductora	135

**EL
PROFETA**



La llegada del barco

ALMUSTAFA, el elegido y el amado, aquel que fuera aurora de su propio día, había esperado doce años en la ciudad de Orfalese por el barco que lo llevaría de regreso a su isla natal.

En el duodécimo año, en el séptimo día de Ielool, el mes de la cosecha, subió a la colina, más allá de las murallas de la ciudad, miró el mar y vislumbró su barco arribando entre la niebla.

De repente se abrieron las puertas de su corazón y su gozo voló sobre el océano y cerrando los ojos en el silencio de su alma oró.

Pero mientras bajaba de la colina una tristeza profunda cayó sobre él, y en su corazón meditó:

¿Cómo podría irme en calma y sin dolor? No. No podría dejar esta ciudad sin una herida en el alma.

Largos fueron los días que entre sus murallas he pasado en pena, y largas las noches de soledad. ¿Y quién hay capaz de partir de su soledad y su dolor sin lamentarlo?



Demasiados son los fragmentos de mi espíritu que he dejado entre sus calles, y demasiados también los hijos de mi anhelo que caminaron desnudos entre sus colinas, y no sabía yo cómo dejarles sin sentir angustia y pesar.

Aquel del que ahora me despojo no es un traje, es la piel que rasgo con mis propias manos.

Tampoco es un pensamiento lo que dejo atrás, sino un corazón dulcificado por el hambre y por la sed.

Pero no puedo postergar más mi partida.

El mar, que todas las cosas reclama, me llama a mí ahora, y debo embarcar.

Quedarse aquí, aunque ardan las horas nocturnas, sería congelarse, cristalizarse y seguir sujeto a un molde.

Quisiera poder llevar conmigo todas las cosas de este lugar. ¿Pero cómo podría?

Una voz no puede cargar consigo la lengua y los labios que le han dado alas. Ella sola debe procurar lo etéreo. Y así también el águila, solitaria y sin nido, debe surcar el cielo frente al sol.

Luego, cuando llegó al pie de la colina, volvió la vista al mar y vio su barco en la bahía, sobre la proa estaban los marineros, los hombres de su tierra natal.

Desde el fondo de su alma les gritó:

Hijos de mi madre ancestral, jinetes de las mareas, cuántas veces habéis navegado en mis sueños, para llegar ahora en mi vigilia, que es mi sueño más profundo.



Dispuesto estoy para partir, y mi entusiasmo de velas desplegadas no espera más que el viento.

Tan solo una vez más respiraré este apacible aire, tan solo una última mirada amorosa hacia el pasado, y después me pararé entre vosotros, otro marinero entre los marineros.

Y tú, vasta mar, madre insomne, solo tú eres paz y libertad para el río y la corriente, permíteme otro espiral en el arroyo, tan solo otro murmullo en este claro, y finalmente entraré en ti, como una gota sin límites en un océano sin límites.

Y mientras caminaba vio hombres y mujeres a lo lejos, saliendo de sus campos y viñedos, avanzando presurosos hacia las puertas de la ciudad. Oyó sus voces gritar su nombre entre los sembradíos y hablarse unos a otros de la llegada del barco.

Y entonces se dijo:

¿Será el día de la partida el mismo de nuestro encuentro?

¿Y se dirá que mi crepúsculo fue en verdad mi amanecer?

¿Qué le daré al que dejó el arado a la mitad del surco, o al que detuvo la rueda de su lagar?

¿Podrá mi corazón convertirse en un árbol lleno de frutos que recolectar y repartir entre estos hombres?

¿Fluirán mis deseos como una fuente para llenar sus copas? ¿Seré yo un arpa para que la mano del todopoderoso me toque, o una flauta a través de la cual pase su aliento?

Buscador de silencios soy, pero ¿qué tesoros habré encontrado en ellos de los que pueda ahora desprenderme con confianza?



Si es este el día de mi cosecha, ¿en qué campos y en qué estaciones olvidadas habré sembrado mi semilla?

De ser esta la hora en que levanto mi lámpara, no será mi llama la que arda en ella. Vacía y oscura se elevará mi lumbré y el guardián de la noche será quien la dote con aceite y la encienda.

Estas son las cosas que dijo con palabras. Pero mucho más calló con su corazón. Porque él no podía expresar su más profundo secreto.

Cuando entró en la ciudad, todos los habitantes fueron a su encuentro y clamaron a coro, y los ancianos de la ciudad se adelantaron para decirle:

«No te alejes aún.

»Has sido un mediodía en nuestro ocaso y tu juventud nos ha colmado de sueños. Entre nosotros no eres un extraño, ni siquiera un huésped, eres nuestro hijo bien amado. No permitas que sufran nuestros ojos hambre de tu rostro».

Y los sacerdotes y las sacerdotisas le dijeron:

«No dejes que las olas del mar ahora nos separen, y que los años que has pasado aquí se conviertan en recuerdos.

»Entre nosotros caminaste como un espíritu y tu sombra iluminó nuestros rostros. Mucho te hemos amado. Pero ha sido un amor sin palabras y cubierto de velos.

»Pero ha llegado el día de profesarlo y descubrirlo ante ti. Bien se sabe que el amor no conoce su hondura más que en la hora de la separación».



Y entonces otros acudieron a suplicarle. Pero él no les respondió. Tan solo inclinó la cabeza, y quienes estaban cerca vieron sus lágrimas rodar sobre su pecho. Luego, él y la gente del pueblo se dirigieron a la gran plaza frente al templo.

Del santuario salió una mujer cuyo nombre era Almitra. Era una vidente. Él la miró con excesiva ternura, porque fue la primera que lo buscó y creyó en él el día en que llegó a la ciudad.

Almitra le saludó diciendo:

«Profeta de Dios, en tu búsqueda de lo lejano, por largo tiempo has contemplado el horizonte a la espera de tu barco. Ahora que ha arribado, deberás partir.

»Profundo es tu anhelo por la tierra de tu memoria y por la casa en que residen tus más grandes esperanzas; nuestro amor no te atará, ni lo harán tampoco nuestras necesidades.

»Pero solo una cosa te pedimos y es que antes de partir nos hables y nos cuentes tu verdad. Así podremos contársela a nuestros hijos y ellos a los suyos para que no perezca nunca.

»En tu soledad has contemplado nuestro tiempo, y en tu vigilia has escuchado el llanto y la risa de nuestro sueño. Revelanos ahora lo que te ha sido revelado y déjanos saber de lo que existe entre el nacimiento y la muerte».

Y él respondió:

Pueblo de Orfalese, ¿de qué podría hablaros yo, salvo de aquello que ahora mismo se agita dentro de vuestras almas?



Sobre el amor

Entonces, dijo Almitra: hablemos del amor.

Y él levantó la cabeza y miró la gente alrededor y una suave calma cayó sobre todos.

Y les dijo con viva voz:

Cuando el amor te llame, síguelo, aun si sus caminos son duros y empinados. Y cuando sus alas te envuelvan, cede ante él, incluso si la espada que se oculta en ellas te lastima. Y cuando el amor te hable, cree en él, aunque su voz destruya tus sueños al igual que el viento norte destruye los jardines.

Porque, así como el amor te corona, también te crucifica. Y así como te anima a crecer también te tala, y en tanto asciende para acariciar tus tiernas ramas, estremecidas bajo el sol, también desciende a tus raíces para sacudirlas cuando se aferran a la tierra.

Como a un fajo de maíz, el amor te recoge.

Te trilla para desnudarte.

Te separa para librarte de tus cáscaras.

Te muele hasta volverte blanco.



Te amasa hasta ablandarte.

Y luego te destina a su fuego sagrado para que puedas convertirte en lo sagrado mismo y ser pan en la fiesta de Dios.

Todo esto hará el amor para que conozcas los secretos de tu corazón y te conviertas, por ese saber, en un fragmento del corazón de la vida.

Pero si en tu temor buscas solamente la paz y el placer del amor, lo mejor será cubrir tu desnudez y alejarte de su campo hacia un mundo sin estaciones, en donde habrás de reír; pero no con todas tus risas, y habrás de llorar; pero no con todo tu llanto.

El amor no da nada más que a sí mismo, y no toma nada más que de sí mismo. El amor no posee ni será poseído, porque él se basta de sí.

Cuando amas no debes decir: «Dios está en mi corazón», por el contrario, debes decir: «Yo estoy en el corazón de Dios». Y no pienses que podrás dirigir el curso del amor, porque será este, si acaso eres digno, el que dirigirá tu curso.

El amor no tiene otro deseo que el de realizarse a sí mismo. Pero si amas, y tienes necesidad de desear, deja que tus deseos sean como sigue:

Fundirse y ser como el arroyo que le canta su melodía a la noche.

Conocer el dolor de la excesiva ternura.



Ser herido por la propia comprensión del amor; y sangrar voluntaria y gozosamente.

Despertar de madrugada con un corazón alado y dar gracias por un nuevo día para amar.

Descansar al mediodía y meditar en el éxtasis del amor.

Regresar a casa agradecido al anochecer y dormir con el corazón colmado por una plegaria para el amado y tener un canto de alabanza entre los labios.